

# La lágrima del cielo

Agustina Chiera



# La lágrima del cielo

Chiera Agustina M.

# Capítulo 1

Abril. Ha pasado un mes desde que Madrid se ha enfermado. Algunas tiendas han cerrado y los ciudadanos han guardado su lista de deseos en un cajón.

La vida ha decidido cambiarlo todo. Una lágrima ha caído sobre la ciudad y todos sus habitantes se encuentran enfermos de tristeza, incertidumbre y desesperación. Las carreteras se encuentran vacías y se augura un pueblo fantasma en las próximas semanas.

Miro el cielo por la ventana y veo que está más azul que nunca. El sol sonríe esperanzado, pero las sensaciones del corazón están ocultas. No se siente alegría y tampoco paz. No hay luz en el alma, sólo supervivencia y cuidado.

Comprendo que, aún así, la vida continúa. Me acostumbro a caminar mirando a los demás como en una película, sintiéndonos tan iguales unos a otros. Tal vez así tendremos que vivir a partir de este momento, sintiéndonos por fin pares ante las adversidades.

No, debo no llorar y no gritar por haber decidido estar lejos de mi familia. Hoy me arrepiento terriblemente. Me repito una y otra vez "no te echas la culpa, no te hace bien". Sigo y siento que me debo perdonar, diciéndoles cuánto es mi amor por ellos y me aseguro que así, con unas simples palabras, se pueden romper las barreras más lejanas del espacio.

Bajo la mirada y no puedo evitarlo. Mi ser me pide que acabe con la huida. No lo he decidido yo. Pienso, tantos sueños que se han detenido en el tiempo, tanta valentía, tanta fortaleza. Hoy confirmo que lo más importante siempre ha sido el tiempo y el amor. ¡Cuán valiosa es una caricia al alma en este momento!

Siento en esta desolación las ganas de abrazar nuevamente a mi familia que está a miles de kilómetros. Tantas horas de diferencia y tanta lejanía, duele mucho. Dejo de lado un poco lo que reflexiono y decido caminar hacia la plaza más cercana. Me siento en el banco de madera y cierro los ojos. Los llamo y mejor les digo que no me pasa nada, que simplemente extraño la comida de mi mamá y las peleas de mi hermana, que nada es malo, sino pasajero. No puedo y niego todo. Queda ahí adentro, guardado en un rincocito del corazón y eso profundiza aún más el sentimiento de tristeza. Miro a la señora que camina con las bolsas del supermercado y entiendo que todos estamos viviendo situaciones similares y me siento acompañada. Me siento identificada.

Una lágrima corre por mi mejilla y nuevamente la soledad me invade. Vine a Madrid dejándolo todo y con anhelos tan profundos. Siento rabia e

impotencia. Quiero regresar, olvidarlo todo y sentir que el cielo está conmigo, que la mente se ha detenido y los pensamientos agobiantes se han ido. Quiero paz, nada más que eso.

Llueve y la ventana se tiñe de gris. Miro el árbol del frente. Sigue de pie, pese a la tormenta. Me pongo un abrigo que está en la silla y salgo a caminar. Todo está desolado y las familias se unen en el hogar cuidándose unos a otros. Se abrazan y se escuchan aún más. Ahora el tiempo es un tesoro. Me doy cuenta que he actuado impulsivamente tal vez y que no dije los te quiero suficientes. Doy vuelta en la esquina y piso un charco de agua. Allí estoy yo. Mi rostro luce diferente, más pálido de lo normal y las ojeras viven allí hace semanas.

De repente, me pregunto qué estoy haciendo, regreso a mi cama y me acuesto. Quiero ir corriendo hacia allí y echarme a reír. Mis ojos se hinchan y todo se evapora por unos instantes.

El celular suena con la canción "Aunque no te pueda ver" de Alex Ubago. Alguien está llamando. Alguien está tocando la puerta. Alguien siente dolor y pena.

Chiera Agustina M.